
ORDINARIO
M. Fregoso

ORDINARIO

M. Fregoso

Edición digital · 3DX

Advertencia de contenido: este relato incluye cautiverio, violencia psicológica, violencia física, tortura y asesinato. Se recomienda discreción al lector.

Obra de ficción. Todos los personajes y acontecimientos se presentan con fines narrativos.

CAPÍTULO 1

El prisionero

Lo primero que sintió fue frío: una corriente de aire recorrió su cuerpo desnudo y lo hizo estremecerse. Intentó encogerse, pero algo se lo impidió. Movió los hombros, después las piernas. Nada. Abrió los ojos.

No hubo diferencia.

Parpadeó varias veces, esperando que la oscuridad se disipara; entonces notó la presión de una tela contra su rostro y comprendió que tenía los ojos cubiertos.

Tiró de los brazos: algo le sujetaba las muñecas. Probó con los tobillos y obtuvo el mismo resultado. Estaba sentado en una estructura rígida, probablemente metálica, con la espalda y la cabeza apoyadas contra una superficie fría. Bajo sus muslos, el asiento parecía interrumpirse en un hueco. Respiró hondo. Volvió a tirar de las muñecas, esta vez con más fuerza. Las ataduras apenas cedieron y el metal vibró bajo su peso.

—¿Hola?

Esperó.

—¿Hay alguien ahí?

Su voz se perdió en la oscuridad. Trató de recordar cómo había llegado hasta ese lugar. Lo último que podía reconstruir era una sucesión de imágenes imprecisas, fragmentos sin una continuidad que pudiera seguir. Ninguno explicaba por qué estaba desnudo y atado a una silla.

—¡Oigan! —gritó—. ¡¿Quién está ahí?!

Nada.

Escuchó su propia respiración. Un sonido demasiado fuerte para un lugar que parecía tan silencioso. Forzó las muñecas una vez más. Sintió que la piel le ardía bajo las sujeciones, pero no consiguió moverlas más que unos milímetros.

—¡Maldita sea!

El miedo comenzó a mezclarse con la rabia. No sabía quién lo había llevado allí ni por qué, pero tenía que existir alguna explicación. Un secuestro, quizá; alguien a quien había ofendido, una confusión, dinero. Cualquiera de esas posibilidades tenía más sentido que aquel silencio. Estaba intentando ordenar sus recuerdos cuando oyó un grito. Se quedó inmóvil. Había sido una voz masculina. Lejana, aunque no tanto como para confundirla con algo procedente del exterior. El grito volvió a escucharse. Esta vez pudo distinguir palabras entrecortadas. Alguien pedía que se detuvieran. Contuvo el aliento para escuchar mejor.

—¿Hola? —preguntó—. ¡¿Puedes oírme?!

No recibió respuesta.

La voz continuaba suplicando, cada vez más desesperada. Por momentos las palabras se deshacían en alaridos, seguidos de respiraciones violentas y nuevas súplicas. No entendía todo lo que decía, pero tampoco necesitaba hacerlo. Había algo en aquella manera de gritar que le erizó la piel.

—¡Oye! ¡Estoy aquí! —volvió a llamar.

El desconocido no respondió. Intentó imaginar qué podía estar sucediendo al otro lado de la oscuridad; quizá alguien estaba golpeándolo para obtener información; quizá se trataba de un interrogatorio. Si habían confundido a los dos con otras personas, bastaría con aclararlo. Necesitaba creer que bastaría con aclararlo.

—¡Escúchenme! —gritó hacia ninguna dirección en particular—. ¡No sé qué está pasando, pero podemos hablar!

Su voz quedó sepultada bajo otro alarido. Durante varios segundos permaneció rígido, con los dientes apretados, esperando que alguien respondiera. Quiso taparse los oídos, pero ni siquiera podía levantar las manos. Los gritos comenzaron a debilitarse.

Primero se transformaron en quejidos; después, en un llanto irregular que parecía exigir un esfuerzo enorme a cada respiración. Finalmente, cesaron. El hombre esperó, atento a cualquier señal.

—¿Sigues ahí?

No hubo respuesta.

—¡Oye!

Nada.

La ausencia de aquella voz le produjo una inquietud distinta. Mientras el desconocido gritaba, al menos sabía que seguía consciente; ahora no tenía manera de saber qué le había ocurrido.

Pasó un tiempo que no pudo calcular antes de escuchar unos pasos. Eran suaves al principio; no habría reparado en ellos de no haber permanecido tan atento a cuanto sucedía a su alrededor; después oyó un sonido metálico. Un golpe breve, como el de un objeto pequeño al caer sobre una superficie dura. Siguieron otros. El hombre apretó los puños.

—Sé que estás ahí —dijo, procurando mantener firme la voz—. No sé qué quieres, pero podemos hablar.

Un nuevo golpe de metal.

—Tengo dinero. Puedo conseguir más si lo necesitas. Solo dime cuánto.

Nada.

—¡Respóndeme, carajo!

Su grito pareció llenar todo el lugar, pero nadie contestó. Se quedó esperando, con los músculos tensos, hasta que comprendió que quizá la otra persona no tenía intención alguna de hablarle. Aquello lo enfureció todavía más.

Podía entender que alguien quisiera dinero. Incluso podía imaginar que estuvieran intentando asustarlo para conseguirlo; pero aquella indiferencia no tenía sentido. Ni siquiera le habían permitido saber qué se suponía que debía hacer. Probó a girar la cabeza. La sujeción apenas se lo permitió.

No podía ver, levantarse ni alcanzar nada con las manos; tampoco sabía hacia dónde debía dirigir la voz. Lo que más le irritaba no era únicamente estar inmovilizado. Era que alguien pudiera decidir cuánto tiempo permanecería así sin molestarse siquiera en darle una explicación. Los ruidos metálicos cesaron. Escuchó pasos otra vez, ahora más firmes. Se acercaban.

Notó que había empezado a respirar por la boca y trató de contenerse. No quería que quien estuviera allí lo escuchara jadear como un animal acorralado. Pensó en gritar de nuevo, pero cambió de opinión. Si la persona se aproximaba, quizá finalmente podría hablar con ella. Los pasos llegaron hasta él.

El hombre levantó ligeramente la cabeza, esperando una voz, una mano sobre el hombro, un golpe, cualquier señal que le permitiera comprender lo que sucedía.

No ocurrió nada.

Sintió una corriente de aire sobre el pecho. Había alguien cerca. Estaba seguro.

—¿Qué quieres? —preguntó en voz baja.

Los pasos continuaron. Escuchó cómo se alejaban, tranquilos, sin que su presencia pareciera haber tenido importancia alguna.

—¡Espera! —gritó—. ¡No puedes dejarme aquí!

Los pasos no se detuvieron. Poco después se produjo un chirrido. Una puerta, pensó. El sonido terminó con un golpe seco. Esperó.

—¿Hola?

Nadie respondió.

¿Se habían marchado?

La idea le produjo una sensación inesperada. Una parte de él agradecía que aquella presencia se hubiera alejado. Otra habría preferido que se quedara, aunque fuera para insultarlo, amenazarlo o exigirle dinero. Cualquier cosa habría sido mejor que ignorarlo. Trató de pensar con claridad.

Si aquello era un secuestro, tendrían que comunicarse con alguien. Su familia seguramente ya habría notado su ausencia. Tal vez incluso habían llamado a la policía. La posibilidad de que estuvieran buscándolo le proporcionó cierto alivio. No podía dejarse dominar por el miedo. Necesitaba conservar la calma, escuchar y esperar una oportunidad.

Probó a mover los dedos de ambas manos, uno por uno, hasta convencerse de que aún podía sentirlos. Era una estupidez, pero aquel pequeño movimiento le produjo cierto consuelo. Al menos eso podía hacerlo.

Volvió a tensar las muñecas. Intentó identificar qué clase de sujeciones utilizaban, pero no alcanzaba a tocarlas con los

dedos. El respaldo mantenía su espalda rígida y cada esfuerzo hacía que el metal presionara más contra su cuerpo. Desistió. Tenía sed.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado. Los brazos empezaban a entumecérsele y el frío se había convertido en una molestia constante, difícil de ignorar. Comenzó a contar sus respiraciones para mantener la mente ocupada. Llegó a cuarenta y tres antes de perder la cuenta. Volvió a empezar.

Entonces escuchó una voz.

—¿Hay... hay alguien... ahí?

Se quedó inmóvil. Era una voz masculina, apenas más fuerte que un susurro. Las palabras parecían costarle un esfuerzo enorme.

—¡Sí! ¡Estoy aquí! —respondió—. ¿Puedes escucharme?

Hubo una pausa prolongada.

—Gra... gracias a D... Dios.

El desconocido empezó a llorar. Intentó contenerse, pero cada respiración le salía entrecortada. El hombre sintió que se le aflojaban los músculos del cuello. Había otra persona. No sabía en qué condiciones se encontraba ni si podría ayudarlo, pero por primera vez desde que despertó alguien estaba dispuesto a responderle.

—Tranquilo —dijo—. Escucha, estoy atado. ¿Tú también?

—S... sí.

—¿Sabes dónde estamos?

No obtuvo respuesta.

—¿Me escuchaste? Necesito saber si viste algo. ¿Conoces este lugar?

—N... no.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Escuchó que el desconocido intentaba responder, pero solo consiguió emitir un gemido ahogado.

—¿Estás herido?

—Por... por favor...

—¿Qué sucede?

—No... no quiero que... que vuelva.

El prisionero sintió que se le contraía el estómago.

—¿Quién?

—No... no otra vez...

La voz se quebró. Durante unos instantes solo pudo escuchar una respiración agitada, como si el otro hombre estuviera intentando contener el llanto.

—Escúchame —dijo—. No sé qué te hicieron, pero tenemos que mantener la calma.

—No... no puedo...

—Claro que puedes. Me estás hablando, ¿no? Eso es bueno. Podemos ayudarnos.

El desconocido soltó un sonido extraño, a medio camino entre una risa ahogada y un sollozo.

—No... no entiendes...

—Entonces explícame.

—No quiero... rec... recordar...

—Está bien. No tienes que contarme nada ahora.

El hombre tragó saliva.

—Pero necesito saber si viste a alguien. ¿Cuántos son? ¿Escuchaste nombres? ¿Algo?

Del otro lado no llegó más que un murmullo incomprensible.

—¿Hola?

—S... sigo aquí.

—Bien. Eso es bueno. Escucha, puede que nos hayan confundido con otras personas. Tal vez quieren dinero. Si conseguimos hablar con ellos, quizá podamos arreglarlo.

—No...

—Todavía no sabemos qué quieren.

—No... por favor...

—Solo digo que tiene que haber una explicación.

El desconocido empezó a respirar más deprisa.

—No quiero... que... que vuelva...

—Tranquilo. No está aquí ahora.

—No... no digas eso...

El hombre guardó silencio. Aquellas palabras le resultaron más inquietantes de lo que esperaba. No había oído pasos desde que la puerta se cerró. No tenía razones para creer que alguien siguiera allí; pero tampoco tenía manera de asegurarlo.

—Está bien —dijo finalmente—. No hablaremos de eso. Dime cómo te llamas.

No hubo respuesta.

—¿Me escuchas?

—S... sí.

—Entonces dime tu nombre. Tenemos que empezar por algo.

El desconocido pareció intentar contestar, pero volvió a quebrarse.

—Olvídalo —se apresuró a decir—. No importa. Podemos hablar de otra cosa.

Esperó a que la respiración del otro se calmara un poco.

—Escucha, tiene que haber una salida. Alguien debe estar buscándonos. No pueden mantenernos aquí para siempre.

El desconocido dejó escapar un sollozo.

—Yo... yo también... pensaba eso.

Aquellas palabras le provocaron más inquietud que todos los silencios anteriores.

—¿Qué quieres decir?

No hubo respuesta.

—Oye, escúchame. Sea lo que sea que haya pasado, todavía estamos aquí. No sabemos cuánto tiempo llevamos encerrados ni quién está detrás de esto. No podemos darlo todo por perdido.

El hombre esperó. Del otro lado llegó una respiración débil.

—Solo... hay una cosa... que pue... puedo decirte.

—Dímela.

El desconocido intentó continuar, pero su voz se deshizo en un gemido.

—Esta... estamos...

—¿Qué?

—Estamos... jodidos.

La última palabra se quebró entre lágrimas. El prisionero abrió la boca para contestar, pero no encontró qué decir. Hasta entonces había tenido miedo de lo que pudieran hacerle; ahora

empezaba a preguntarse qué le habrían hecho al otro para que ni siquiera pudiera imaginar una salida.

CAPÍTULO 2

Hombre común

Ernesto siempre había disfrutado de las primeras horas de la mañana. Había algo agradable en salir cuando la mayoría de las personas apenas comenzaba a despertar. Las calles estaban tranquilas, el aire todavía conservaba algo del frío de la noche y, durante un rato, podía olvidarse de los pendientes del día.

Aquella mañana salió de casa vestido con pantalones cortos, una camiseta deportiva y unos tenis que ya comenzaban a mostrar señales de desgaste.

Caminó varias cuadras hasta llegar a un campo de fútbol público. El césped crecía de manera irregular, algunas zonas eran prácticamente de tierra y una de las porterías llevaba meses sin red; aun así, los domingos se llenaba de vecinos dispuestos a discutir durante horas por un balón. Ernesto dejó escapar una sonrisa al recordar el último partido que había presenciado: dos hombres habían terminado gritándose por una falta que ninguno de los espectadores consiguió ver. Realizó algunos estiramientos, comprobó que tenía las agujetas bien amarradas y comenzó a trotar alrededor del campo. No era especialmente rápido ni tenía el cuerpo de un atleta profesional, pero procuraba mantenerse en forma. Disfrutaba la sensación de terminar una rutina exigente y regresar a casa sabiendo que ya había hecho algo provechoso con su día. Alternó el ritmo durante unos cuarenta minutos; después completó algunas series de sentadillas y lagartijas, hasta que el cansancio comenzó a hacerse sentir en los brazos. Se incorporó, apoyó las manos sobre la cintura y respiró profundamente. Por hoy era suficiente.

Emprendió el camino de regreso mientras el barrio adquiría su habitual movimiento matutino. Un par de negocios levantaban sus cortinas, varios automóviles avanzaban lentamente por las calles y una mujer barría la banqueta frente a su casa. A unas cuadras de su hogar encontró abierta la verdulería de Laura. Se detuvo.

Había salido con la intención de comprar una lechuga para desayunar y, conociéndose, sabía que si llegaba a casa sin ella María se burlaría de su mala memoria.

—¡Ernesto! ¡Buenos días! —lo saludó Laura apenas lo vio entrar.

—Buenos días, Lau. ¿Cómo va todo?

—Ay, pues aquí, sobreviviendo.

Ernesto soltó una pequeña carcajada.

—Eso no suena muy alentador.

—Ya sabes cómo son las cosas. Entre el negocio y mis hijos, no me alcanza el día.

Laura era una mujer conversadora que llevaba años atendiendo aquel pequeño local. Conocía a buena parte de los vecinos y tenía la costumbre de preguntar por sus familias, aunque con frecuencia terminaba hablando de la suya.

—¿Ahora qué hicieron? —preguntó Ernesto.

—¿Tú crees que al mayor se le ocurrió que ya no quiere seguir estudiando?

—¿Y eso?

—Dice que quiere ponerse a trabajar. Que ya está grande y que puede ganar su propio dinero.

—Bueno, tampoco suena tan mal.

Laura lo miró con indignación fingida.

—¡No me lo defiendas! Tiene quince años.

—Ah, bueno. Ese pequeño detalle cambia las cosas.

—¡Exactamente! Pero ya sabes cómo son los chamacos. Se les mete una idea en la cabeza y creen que uno no entiende nada.

Ernesto asintió, divertido.

—Todavía me faltan algunos años para llegar a esa etapa.

—Aprovéchalos. Aunque tu niña es un amor. Seguro que no te da tantos dolores de cabeza.

—Por ahora, no —respondió con una sonrisa—. Pero tampoco quiero confiarme demasiado.

—¿Cuántos años tiene ya? ¿Siete?

—Siete. Y últimamente cree saber más de dinosaurios que cualquier adulto que haya conocido.

—¡Qué bonita edad!

—Sí, aunque ahora tengo que aprenderme nombres que ni siquiera puedo pronunciar para poder seguirle la conversación.

Laura rio.

—Pues disfruta mientras quiera contarte sus cosas. Luego crecen y apenas te dirigen la palabra.

—Eso espero que tarde bastante.

La mujer miró hacia la entrada del negocio y recordó de pronto que todavía tenía varias cosas por acomodar.

—Mira nada más, aquí estoy platicando y ni siquiera he terminado de barrer. ¿Qué vas a llevar?

—Una lechuga pequeña y un pepino, por favor.

Laura seleccionó las verduras y las colocó sobre la báscula.

—Son dieciocho pesos.

Ernesto sacó el dinero y se lo entregó.

—Aquí tienes. Que te vaya bien con el muchacho.

—Gracias. Y si conoces algún truco para hacerlo entrar en razón, me avisas.

—Si descubro uno, te prometo que serás la primera en saberlo.

Se despidieron entre risas. Cuando retomó el camino, Ernesto pensó en Alma. Le resultaba difícil imaginarla con quince años. Apenas parecía haber pasado tiempo desde que aprendió a caminar y ahora era capaz de hablarle durante media hora sobre las diferencias entre un tiranosaurio y un alosaurio. Sonrió para sí mismo.

Todavía tenía tiempo antes de preocuparse por novios, fiestas y discusiones adolescentes. Al llegar a casa encontró a María en la cocina. Había regresado de llevar a Alma a la primaria y estaba preparando el desayuno. Sobre la mesa lo esperaban un vaso de jugo de naranja y una taza de café.

—Buenos días otra vez, señora —saludó Ernesto mientras se acercaba por detrás.

La rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla. María arrugó la nariz.

—¡Ay, Ernesto! Estás todo sudado.

—También me da gusto verte.

—Ve a lavarte, anda. Sabes salado.

—Pensé que te gustaban los hombres que hacen ejercicio.

—Me gustan más cuando se bañan.

Ernesto rio y dejó la bolsa con las verduras sobre la mesa.

—Te traje la lechuga.

—¡Milagro! Hoy sí te acordaste.

—Empiezo a pensar que no aprecias mis esfuerzos.

—Los aprecio muchísimo. Sobre todo cuando no tengo que salir a comprar lo que olvidaste.

Le dio un beso rápido antes de apartarlo suavemente.

—Ándale, ve a lavarte.

Ernesto entró al baño y abrió la llave del lavabo. El agua fría le resultó agradable después del ejercicio. Se enjuagó varias veces el rostro y levantó la cabeza para mirarse en el espejo.

Tenía el cabello corto, aunque algunos mechones insistían en levantarse sin importar cuánto intentara acomodarlos. Pasó la mano húmeda sobre ellos y consiguió mantenerlos en su lugar durante unos segundos; después volvió a levantarse uno.

—Como quieras —murmuró.

Se secó la cara y regresó a la cocina. María había comenzado a cortar la lechuga y el pepino. Ernesto tomó asiento, bebió un poco de jugo y revisó las notificaciones de su teléfono. Había varios mensajes sin importancia, una publicación que le pareció graciosa y un recordatorio de algo que necesitaba revisar más tarde. Dejó el aparato junto a la taza.

—Amor, probablemente hoy regrese tarde.

María continuó cortando las verduras.

—¿Otra vez?

—Eso parece.

—Últimamente has estado bastante ocupado.

—Lo sé. Pero ya casi termino.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Eso dijiste la semana pasada.

—Y sigo estando bastante cerca de terminar.

—Qué respuesta tan conveniente.

Ernesto sonrió.

—No te prometo una hora porque luego me regañas si no llego.

—Yo no te regaño.

—Claro que no.

—Solamente te recuerdo cuando dices cosas que después no cumples.

—Una distinción importantísima.

María intentó mantener una expresión seria, pero terminó sonriendo. No era la primera vez que pasaban por una temporada semejante.

Ernesto trabajaba como contratista y sus proyectos acostumbraban ocuparlo intensamente durante periodos relativamente cortos. No tenía un horario convencional: algunas semanas podía permanecer en casa casi todo el tiempo; otras debía ausentarse durante jornadas completas. Al principio de su matrimonio, aquella irregularidad había ocasionado discusiones; María había llegado a sospechar que existía otra mujer.

Habían discutido por aquellas ausencias más de una vez; con el tiempo habían acordado que Ernesto avisaría cuando estuviera ocupado y procuraría reservar tiempo para María y Alma. Habían conseguido encontrar una rutina que funcionaba para los tres, aunque eso no significaba que María disfrutara verlo salir tan seguido.

—Cuando termine con estos pendientes, podemos hacer algo juntos —propuso Ernesto—. ¿Qué te parece si vamos al cine?

María apoyó el cuchillo sobre la tabla.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y vas a dejar que nosotras elijamos la película?

Ernesto entrecerró los ojos.

—Eso suena peligroso.

—Entonces no hay trato.

—Está bien. Pero si termino viendo una película romántica de tres horas, voy a necesitar palomitas grandes.

—Puedes comprar dos.

—Qué considerada.

María dejó escapar una carcajada.

—Cuando sepamos qué día podrás, voy a decírselo a Alma. Le va a dar mucho gusto.

—Solo no dejes que me haga prometer también una visita a la tienda de juguetes.

—Eso tendrás que negociarlo con ella.

—Estoy perdido.

María colocó la ensalada frente a él y se sentó con su propia taza de café; durante unos minutos hablaron de asuntos cotidianos. La escuela de Alma estaba organizando una actividad para la semana siguiente; María necesitaba comprar algunas cosas para la casa y Ernesto quería aprovechar uno de sus próximos días libres para arreglar el jardín. También recordó que había visto anunciado un recorrido de dinosaurios y pensó que quizá

podría llevar a Alma cuando terminara aquella temporada de trabajo.

Había un arbusto que llevaba demasiado tiempo creciendo hacia el camino y varias flores necesitaban cambiarse de maceta.

—Por cierto —dijo María—, ¿qué vamos a comer el sábado?

Ernesto levantó la mirada.

—Todavía no lo sé. Estaba pensando en preparar algo diferente.

—¿Diferente cómo?

—Quiero probar una receta que encontré hace unos días. Necesito comprar un par de ingredientes, pero creo que puede quedar bastante bien.

—¿Otra de tus recetas que requieren toda la mañana?

—Las cosas buenas llevan tiempo.

María sonrió.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre tengo razón.

—Claro, amor.

Ernesto rio.

Le gustaba cocinar cuando podía hacerlo sin prisas. Disfrutaba elegir los ingredientes, prepararlos y descubrir cómo pequeños cambios en el procedimiento podían producir resultados

distintos. Había recetas que repetía durante meses hasta conseguir exactamente el sabor que buscaba. María decía que tenía más paciencia para la cocina que para cualquier otra cosa.

—Bueno, pero el sábado también tienes que arreglar el jardín —le recordó.

—Lo sé. Ese arbusto ya parece querer entrar a la casa.

—Entonces primero el jardín y después tus experimentos.

—Trato hecho.

Ernesto acabó su ensalada y recogió el plato.

—Yo lo lavo —ofreció.

—Déjalo, todavía tengo cosas que hacer aquí.

—¿Segura?

—Sí. Mejor ve a bañarte, que se te va a hacer tarde.

Ernesto se inclinó para darle otro beso.

—Te amo.

—Yo también. Pero sigo prefiriéndote recién bañado.

Sonrió y salió de la cocina. Media hora después bajó vestido con pantalones de mezclilla y una camisa limpia. Llevaba el cabello peinado con algo más de éxito que antes, aunque un mechón rebelde comenzaba a levantarse sobre su frente. María estaba revisando unas hojas sobre la mesa.

—¿Ya te vas?

—Sí, amor.

—Maneja con cuidado.

—Siempre.

—Y avísame si vas a llegar demasiado tarde.

—Te mando un mensaje.

Ella se levantó para despedirse. Ernesto la abrazó por la cintura y la besó.

—Dale un beso a nuestra princesa de mi parte cuando vuelva de la escuela.

—Se lo doy.

—Y dile que tenemos pendiente ir al cine, pero que esta vez me deje comer mis propias palomitas.

María rio.

—No prometo nada.

Ernesto tomó las llaves, guardó el teléfono en el bolsillo y salió de casa. Antes de subir al automóvil echó un vistazo rápido al jardín. El arbusto junto al camino necesitaba una poda urgente. Se prometió ocuparse de él en cuanto tuviera una mañana libre; luego abrió la puerta del coche, encendió el motor y emprendió su camino. El día apenas comenzaba.

CAPÍTULO 3

Placer

El hombre permaneció inmóvil, escuchando el llanto del desconocido.

Estamos jodidos.

Aquellas palabras continuaban dando vueltas en su cabeza. No. No tenía por qué ser así. El otro hombre estaba herido, aterrorizado. Fuera lo que fuese que había experimentado, era comprensible que hubiera perdido la esperanza; pero eso no significaba que ambos estuvieran condenados. Tenía que existir una razón para mantenerlos allí.

Y si existía una razón, también debía existir alguna manera de negociar.

—Escucha —comenzó a decir.

No terminó. El chirrido de la puerta lo hizo callar. Del otro lado no volvió a escucharse una palabra. Los pasos comenzaron a acercarse. Eran los mismos que había escuchado antes: firmes, tranquilos, sin el menor indicio de prisa.

—¡Oiga! —llamó—. ¡Necesito hablar con usted!

Los pasos continuaron.

—No sé por qué estoy aquí, pero debe tratarse de algún error.

No hubo respuesta.

El hombre escuchó un roce de tela, seguido por una serie de movimientos que no consiguió identificar; después oyó cómo varios objetos metálicos chocaban entre sí.

—¡Le estoy hablando!

Un nuevo sonido interrumpió el silencio. Algo semejante al crujido de un plástico. Los pasos se alejaron hacia uno de los lados de la habitación. El hombre giró la cabeza cuanto le permitieron las sujeciones.

—¿Qué está haciendo?

No recibió respuesta.

Volvió a escuchar metal contra metal. Un objeto fue depositado sobre una superficie dura; después otro. Sintió un escalofrío.

Hasta aquel momento había imaginado que se encontraba frente a un secuestrador, quizá alguien interesado en obtener información o dinero; pero comenzaba a resultarle difícil comprender por qué aquella persona se negaba siquiera a dirigirle la palabra.

—Escuche —insistió, procurando controlar la respiración—. Tengo una familia. Podemos arreglar esto. Solo necesito saber qué quiere.

Los pasos regresaron. Se detuvieron frente a él. El prisionero levantó ligeramente la cabeza.

—Por favor.

Sintió que alguien le tomaba la mano derecha. El contacto lo sobresaltó. Unos dedos cubiertos por un material liso recorrieron su muñeca y comprobaron la firmeza de la sujeción.

—¿Qué hace?

La mano enguantada separó su dedo índice de los demás. El hombre intentó cerrar el puño, pero no consiguió liberarse; entonces sintió algo frío contra la uña. Comprendió demasiado tarde.

—No... ¡Espere!

Intentó apartar la mano.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

El dolor llegó antes de que pudiera terminar la súplica. Gritó. Su cuerpo entero se tensó contra las ataduras. La silla vibró bajo sus movimientos y durante varios segundos fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera aquella sensación insoportable. Cuando finalmente consiguió recuperar el aliento, estaba llorando. Le habían arrancado la uña del índice.

—¡Por favor! ¡No lo haga otra vez!

La presión desapareció. Escuchó un pequeño sonido metálico. Después sintió que la mano enguantada elegía otro dedo.

—¡No! ¡Espere! ¡Haré lo que quiera!

El desconocido le arrancó otra uña. El segundo grito fue todavía más desesperado. Forcejeó contra las sujeciones, trató de cerrar los puños y de retirar los brazos. Nada funcionó.

—¡Basta! ¡Por favor, basta!

El hombre continuó sin pronunciar una palabra. Cuando finalmente se apartó, el prisionero quedó jadeando, con el rostro cubierto de lágrimas. Escuchó que algo era depositado sobre la mesa; luego, silencio.

—¿Por qué? —preguntó entre sollozos—. ¿Qué le hice?

Esperó.

—No tiene que hacer esto. Puedo conseguir dinero. Lo que sea.

Los pasos regresaron. Sintió que le tomaban nuevamente la mano.

—No...

Una presión terrible se concentró en uno de sus dedos. Escuchó un chasquido seco y el dolor lo hizo retorcerse. El desconocido

acababa de rompérselo. El hombre gritó hasta quedarse sin aliento. Después llegó otra agresión, seguida de nuevas súplicas.

En algún momento perdió la cuenta de los dedos que le habían lastimado. Solo sabía que las manos, aquellas con las que había intentado comprobar sus ataduras y recuperar una mínima

sensación de control, se habían convertido en una fuente constante de sufrimiento. No recordaba cuándo había empezado a temblar.

Le dolían los músculos de los brazos y tenía las manos tan sensibles que cualquier movimiento le arrancaba un gemido. Había gritado hasta sentir que la garganta le ardía; después de un tiempo que no supo calcular, el desconocido comenzó a atender algunas de sus heridas. Aquello lo desconcertó.

Sintió una sustancia fría sobre las manos, seguida de una presión que le provocó nuevas punzadas de dolor; luego, el roce de algún material envolviéndole los dedos.

—¿Va... va a dejarme ir? —consiguió preguntar.

No hubo respuesta.

—Por favor...

El hombre continuó su trabajo. Cuando terminó, recogió los objetos que había utilizado y se alejó de la silla. Los pasos cruzaron la habitación. La puerta chirrió, después, el golpe seco. El prisionero esperó.

Uno, dos, tres...

Contó mentalmente hasta veinte. Luego hasta cincuenta. Cuando llegó a cien, volvió a empezar. Nadie regresó. Se permitió respirar un poco más despacio. Había sobrevivido. Se aferró a esa idea. No sabía por qué lo habían lastimado ni qué

pretendían conseguir con ello, pero seguía vivo; quizá se había tratado de una advertencia.

Una manera de demostrar que podían hacerle daño si no obedecía. El problema era que nadie le había dicho qué debía obedecer.

Despertó sobresaltado. Al principio no supo qué lo había despertado. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos le dolían incluso estando inmóviles.

Entonces escuchó el grito. Era la misma voz. El hombre levantó la cabeza cuanto pudo.

—¡Oye! ¡Estoy aquí!

Un nuevo alarido lo hizo estremecerse. Después escuchó una súplica tan entrecortada que apenas consiguió distinguir las palabras.

—¡Déjalo! —gritó hacia la oscuridad—. ¡Ya basta!

Nadie respondió. Los gritos continuaron durante un tiempo que no pudo calcular. El hombre intentó llamar al desconocido varias veces, pero su propia voz terminó perdiéndose entre los sonidos que llegaban del otro lado. Por momentos escuchaba palabras sueltas. Una súplica. Un gemido. Algo que sonaba como una negativa repetida una y otra vez.

El prisionero apretó los dientes. No podía hacer absolutamente nada. Quiso taparse los oídos, pero sus manos permanecían sujetas. Intentó concentrarse en su respiración, contar los segundos o pensar en otra cosa. No consiguió apartar la voz de su cabeza. Cuando finalmente cesaron los gritos, quedó esperando alguna señal.

—¿Me escuchas?

Silencio.

—¡Oye!

Nada.

No supo cuánto tiempo permaneció así, con la cabeza levantada y los músculos tensos, esperando que alguien respondiera; después comenzó a preguntarse si el desconocido seguiría vivo. Era una posibilidad que hasta entonces había intentado apartar de sus pensamientos. Se obligó a escuchar. Si el otro hombre respiraba, quizá podría oírlo; pero no llegó ningún sonido.

Por primera vez comprendió que podía quedarse completamente solo en aquel lugar.

—¿Hay... alguien... ahí?

La voz llegó después de un tiempo imposible de calcular. El hombre levantó la cabeza.

—¡Sí!

Intentó hablar más fuerte, pero la garganta le dolía.

—Estoy aquí.

Escuchó una respiración irregular.

—¿Te... te hizo algo?

El prisionero sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ese hijo de puta...

Apretó los dientes.

—Me arrancó las uñas. Y creo que me rompió varios dedos.

Del otro lado llegó un sollozo.

—No puedo mover bien las manos —continuó—. Y no me dijo nada. Ni una sola palabra.

Una respiración entrecortada.

—Lo... lo sé...

El prisionero levantó la cabeza.

—¿A ti también te hizo eso?

Hubo una pausa.

—S... sí.

—Te escuché gritar hace rato. Pensé que...

No terminó. El desconocido comenzó a llorar.

—Creí que ya no ibas a responderme —admitió.

—Yo... también...

—¿Qué quieres decir?

La voz se quebró.

—Pensé... que... no iba... a poder...

El hombre cerró los ojos.

—Ya pasó —dijo, aunque no estaba seguro de que fuera verdad —. Ahora estamos hablando. Eso es bueno.

Permanecieron callados un momento.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó finalmente.

No hubo respuesta.

—Tiene que querer algo.

—No... no sé...

—¡Pues algo tiene que ser! ¡Nadie hace esto porque sí!

El desconocido comenzó a llorar otra vez. El hombre sintió una punzada de culpa.

—Perdóname —murmuró—. No quise gritarte.

—No... importa.

Guardaron silencio. El prisionero intentó acomodar las manos, pero el dolor se lo impidió.

—¿Cuántas veces ha venido por ti?

Escuchó que el otro intentaba responder.

—No... no las... recuerdo.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No sé...

—¿Días?

El desconocido emitió un sonido ahogado.

—¿Semanas?

—Por... favor... no...

El hombre cerró la boca. No estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Está bien —dijo finalmente—. No voy a preguntarte más.

Se quedó escuchando la respiración del otro. Había algo extraño en su manera de hablar. No parecía únicamente asustado. Algunas palabras le salían deformadas, como si no pudiera mover bien la boca.

—¿Te lastimó la cara? —preguntó.

El desconocido tardó en responder.

—La... boca...

El hombre sintió que el estómago se le contraía.

—¿Qué te hizo?

No hubo respuesta.

—Oye...

Escuchó un sollozo.

—Los... dien... dientes...

La palabra apenas resultó reconocible. El prisionero permaneció inmóvil. Por primera vez comprendió que la dificultad para hablar del desconocido podía tener una causa mucho peor de lo que había imaginado. Recordó los gritos que escuchó al despertar. La manera en que aquella voz parecía romperse con cada palabra. Sintió náuseas.

—No tienes que contarme —se apresuró a decir—. Está bien. No digas nada más.

El desconocido continuó llorando. El hombre cerró los ojos. Quiso imaginar que aquello era una exageración. Tal vez el otro estaba confundido, tal vez el dolor le impedía recordar bien lo ocurrido; pero la voz seguía allí. Y cada palabra parecía contradecirlo.

En algún momento volvió a quedarse dormido. Despertó con la sensación de que alguien acababa de tocarlo. Intentó incorporarse. El dolor de las manos lo obligó a detenerse. No escuchó pasos, tampoco el ruido de la puerta. Esperó, inmóvil.

Nada.

¿Había sido un sueño?

No pudo saberlo. Comenzó a repasar mentalmente lo que recordaba desde que despertó por primera vez en aquella silla. Los gritos. Las voces. Los pasos. El dolor. No sabía si todos aquellos acontecimientos habían sucedido durante el mismo día; quizá habían transcurrido horas. Quizá más.

La ausencia de luz le impedía distinguir cualquier cambio. No había amaneceres ni noches: solamente intervalos de silencio que se confundían entre sí. La idea lo inquietó. No podía calcular cuánto tiempo llevaba desaparecido. Si su familia ya

había denunciado su ausencia. Si alguien estaba buscándolo. Trató de recuperar una referencia.

Recordó haber contado hasta cien después de una de las visitas; pero ¿cuántas veces había repetido la cuenta? No lo sabía. Decidió comenzar nuevamente. Uno. Dos. Tres. Llegó a treinta y siete antes de escuchar el chirrido de la puerta. Los pasos regresaron con la misma tranquilidad de siempre. El hombre sintió que la respiración comenzaba a acelerársele.

—¡Espere!

Los movimientos continuaron.

—Ya entendí —dijo, aunque no tenía idea de qué había entendido—. No volveré a resistirme.

Escuchó el roce del plástico. Después, el sonido de los instrumentos.

—Solo dígame qué necesita.

Nada.

La persona se acercó a la silla. El prisionero empezó a temblar.

—Por favor...

Una mano enguantada le tomó el brazo izquierdo. Intentó retirarlo, pero la sujeción se lo impidió. Sintió una presión cerca del hombro. Después llegó un dolor agudo que lo hizo tensarse contra el metal. El hombre gritó. Durante unos instantes no comprendió qué estaba ocurriendo. Solo percibía una sensación terrible que parecía extenderse por el brazo.

Entonces comprendió que le estaban arrancando la piel. El conocimiento lo horrorizó tanto como el propio dolor.

—¡No! ¡Por favor, no!

Intentó apartar el brazo, pero las sujeciones lo mantuvieron inmóvil. El agresor continuó. El prisionero gritó hasta quedarse sin aliento. No podía ver qué le estaban haciendo y, precisamente por eso, su mente comenzó a imaginar el aspecto que tendría su brazo cuando todo terminara. No quiso seguir pensando.

—¡Basta! ¡Por favor, basta!

El desconocido no respondió. Cuando finalmente se alejó, el hombre apenas podía mantener la cabeza erguida. El brazo izquierdo le ardía incluso sin moverlo. No quiso imaginar cómo había quedado. Escuchó el movimiento de varios objetos sobre la mesa; después sintió que alguien volvía a tocarle el brazo. Se sobresaltó.

El dolor aumentó durante unos instantes mientras atendían sus heridas. Ya no preguntó por qué lo hacían. No tenía fuerzas para hacerlo. Solo esperó que terminara. La puerta volvió a cerrarse. El hombre permaneció inmóvil. Había dejado de llorar, aunque las lágrimas continuaban acumulándose bajo la venda.

—¿Estás... despierto?

La voz del desconocido lo sorprendió.

—Sí.

Le costó reconocer la suya. Estaba ronca y apenas conseguía elevarla por encima de un murmullo.

—Pensé que... que te habías ido —dijo.

El otro hombre tardó en responder.

—No... no podemos... irnos...

El prisionero apretó la mandíbula.

—No digas eso.

Silencio.

—Todavía hay una posibilidad de que nos encuentren.

El desconocido emitió un sollozo.

—Yo... también... creía...

—Ya me lo dijiste.

Las palabras salieron más duras de lo que pretendía.

—Perdón —añadió—. Es solo que no puedo pensar como tú.

Escuchó una respiración trabajosa.

—No quiero creer que esto es todo lo que nos queda.

El desconocido permaneció callado. El prisionero recordó su casa. Su esposa. Su hija. Imaginó que alguien tocaría la puerta del lugar donde estaban. Escucharía una voz diferente, alguien que anunciara que todo había terminado. Quiso aferrarse a esa imagen. Pero ya no consiguió sentir la misma confianza.

—Tiene que acabarse en algún momento —murmuró.

La otra voz no respondió. El hombre esperó.

—¿Me escuchaste?

—S... sí.

—Entonces dime algo.

Hubo una pausa.

—¿Qué... quieres... saber?

El prisionero tragó saliva. Había una pregunta que llevaba tiempo intentando evitar. Una que volvía a su mente desde aquella primera conversación.

—¿Qué más te hizo?

El desconocido comenzó a respirar con dificultad.

—No... por favor...

—Necesito saberlo.

—No... quiero...

—¡Necesito saber qué va a pasarme!

El grito le lastimó la garganta. Del otro lado llegó un gemido. El hombre cerró los ojos.

—Perdón... Otra vez.

Tardó unos segundos en recuperar el aliento.

—Solo quiero estar preparado.

El desconocido guardó silencio durante tanto tiempo que el prisionero creyó que no respondería. Finalmente escuchó su voz.

—O... ojalá...

Se interrumpió.

—¿Qué?

—Ojalá... siga... vivo...

El hombre sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué quieres decir?

La respuesta apenas consiguió salir.

—Pa... para... cuando...

—¿Cuando qué?

Un sollozo.

—Cuando... llegues...

—¿A dónde?

El desconocido rompió a llorar.

—A... la nariz.

El prisionero no respondió. Permaneció inmóvil, con las manos doloridas y el brazo izquierdo ardiéndole bajo los vendajes. Pensó en la voz deformada del desconocido, en los dientes y en las cosas que no se había atrevido a preguntarle. Hasta entonces había intentado convencerse de que cada agresión era una advertencia, una forma brutal de obligarlo a colaborar.

Pero el hombre que entraba en aquella habitación seguía sin pedirle nada. Y aquella idea comenzaba a resultarle mucho más aterradora que el dolor. Quiso decir que encontrarían una salida, que alguien los buscaría, que nada de aquello podía continuar para siempre. Abrió la boca, pero no consiguió pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO 4

Helado

Alma llevaba toda la semana hablando de dinosaurios.

Ernesto no recordaba exactamente cuándo había comenzado aquella fascinación; quizá había sido por una película, algún programa de televisión o uno de los libros que le habían comprado. Lo cierto era que, desde hacía varias semanas, su hija parecía haber decidido que ningún otro animal merecía tanta atención. Tenía dibujos pegados en las paredes de su habitación, varias figuras de plástico sobre un estante y un libro ilustrado que insistía en llevar consigo cada vez que salían de casa. Ernesto había aprendido a reconocer algunos dinosaurios para poder seguirle las conversaciones. Otros continuaban siendo un misterio, especialmente aquellos cuyos nombres parecían diseñados para poner a prueba su pronunciación; por eso, cuando recordó que un parque de atracciones anunciaba una exhibición de dinosaurios animatrónicos, pensó que sería una buena sorpresa. No le dijo nada a Alma. La mañana de la excursión, mientras María terminaba de preparar algunas cosas para salir, Ernesto encontró a su hija sentada en la sala, hojeando su libro.

—¿Lista, princesa?

Alma levantó la mirada.

—¿A dónde vamos?

—A dar una vuelta.

—¿A dónde?

—Si te lo digo, deja de ser una sorpresa.

La niña cerró el libro.

—¿Vamos a comprar algo?

—No necesariamente.

—¿Vamos al cine?

—Hoy no.

Alma lo observó con desconfianza.

—¿Es una sorpresa buena?

—Espero que sí.

—¿Y si no me gusta?

Ernesto fingió reflexionar.

—Pues tendré que quedarme con la sorpresa yo solo.

—¡No puedes!

—Entonces tendremos que arriesgarnos.

María apareció en la sala con su bolso.

—¿Ya terminaron el interrogatorio?

—Tu hija quiere que le cuente todo —respondió Ernesto.

—Porque no me dices nada —protestó Alma.

—Precisamente por eso se llama sorpresa.

La niña suspiró con exageración y se levantó del sofá.

—Está bien. Pero tiene que ser una sorpresa muy buena.

—Qué presión.

Poco después salieron de casa. Durante el trayecto, Alma intentó adivinar el destino. Preguntó si iban a visitar a sus abuelos, a comprar juguetes, a comer hamburguesas o a conocer algún lugar donde hubiera animales. Ernesto respondió a cada posibilidad con la misma sonrisa.

—Ya veremos.

María terminó interviniendo.

—Alma, si sigues preguntando, tu papá va a quedarse sin respuestas antes de que lleguemos.

—Pero es que quiero saber.

—Eso ya nos quedó clarísimo —dijo Ernesto.

La niña cruzó los brazos durante unos segundos, decidida a no preguntar nada más. Su determinación duró menos de cinco minutos: cuando llegaron al estacionamiento del parque, Alma todavía no sabía exactamente a dónde iban. Bajó del automóvil y miró alrededor. Desde la entrada podían escucharse voces, música y el sonido distante de algunos juegos mecánicos.

—¿Un parque de diversiones?

—Parece que sí —respondió Ernesto.

Alma sonrió.

—¿Podemos subir a los juegos?

—A los que podamos, claro.

María tomó a la niña de la mano y caminaron hacia la taquilla. Mientras esperaban su turno, Alma descubrió un cartel enorme junto a la entrada. En él aparecía un tiranosaurio con las fauces abiertas, rodeado de vegetación y acompañado por el anuncio de una exhibición prehistórica. La niña se quedó quieta; después volvió lentamente la cabeza hacia su padre.

—Papá...

Ernesto fingió no comprender.

—¿Qué pasó?

Alma señaló el cartel.

—¿Vamos a ver dinosaurios?

—Bueno, ya que estamos aquí...

No pudo terminar. Alma soltó un grito de alegría y se abrazó a su cintura con tanta fuerza como pudo.

—¡Gracias, papá!

Ernesto le acarició el cabello.

—De nada, princesa.

La niña se apartó enseguida.

—¡Vamos! ¡Vamos!

—Primero tenemos que comprar las entradas.

—¡Pero rápido!

María se echó a reír.

—Creo que le gustó la sorpresa.

—Tengo esa impresión.

Una vez dentro del parque, no hubo necesidad de preguntar a dónde querían ir primero. Alma caminaba varios pasos por delante de sus padres, volviendo la cabeza constantemente para asegurarse de que la siguieran. La entrada de la exhibición estaba decorada con plantas artificiales, rocas y un enorme letrero que anunciaba un recorrido por el mundo de los dinosaurios.

Desde el interior llegaban rugidos que hacían vibrar ligeramente las paredes. Alma se detuvo ante el primer animatrónico. Un enorme braquiosaurio elevaba el cuello por encima de los visitantes y movía lentamente la cabeza mientras emitía sonidos graves. La niña abrió mucho los ojos.

—¡Mira, papá!

—Es bastante grande.

—¡Es un braquiosaurio!

—Eso parece.

—Comía plantas.

—¿Con ese tamaño? Debía necesitar bastantes ensaladas.

Alma lo miró con seriedad.

—No comía ensaladas, papá.

—Ah, perdón.

—Comía hojas de los árboles.

—Entonces necesitaba árboles bastante grandes.

La niña asintió, satisfecha con aquella conclusión, y continuó caminando. Más adelante encontraron un anquilosaurio que movía la cola de un lado a otro. Alma se acercó para observar su armadura y comenzó a explicarle a María para qué servía aquella enorme estructura que tenía en el extremo de la cola.

Ernesto escuchó parte de la explicación antes de que un rugido particularmente fuerte hiciera que varios niños se sobresaltaran. Alma giró la cabeza. Al fondo del recorrido, un tiranosaurio abría lentamente las mandíbulas.

—¡Ese sí me lo sé! —dijo Ernesto.

—Todo el mundo se sabe ese —respondió Alma.

María soltó una carcajada.

—Te lo dijo muy claro.

—Estoy empezando a pensar que no valoran mis conocimientos.

La niña se acercó al animatrónico, manteniendo una distancia prudente. Observó sus dientes, los pequeños brazos y el movimiento de su cabeza.

—Era carnívoro —explicó.

—Eso significa que comía carne, ¿verdad? —preguntó Ernesto.

—Sí. Como el alosaurio.

—¿Y los que comían plantas se llamaban...?

—¡Herbívoros!

—Muy bien.

Alma sonrió orgullosa. Durante el resto del recorrido pasó de un dinosaurio a otro con una emoción que parecía renovarse a cada descubrimiento. Algunas figuras le resultaban familiares por sus libros; otras provocaban nuevas preguntas.

Ernesto y María la acompañaron mientras ella explicaba cuanto recordaba, corregía los nombres que su padre pronunciaba mal y se detenía a leer los carteles informativos. Cuando terminaron la exhibición, Alma quiso regresar al principio.

—Podemos volver después —le prometió Ernesto—. Todavía hay muchas cosas que ver.

—¿De verdad?

—De verdad.

Pasaron buena parte de la tarde en los juegos mecánicos. Alma eligió primero aquellos que parecían menos intimidantes, pero conforme avanzaba el día comenzó a señalar atracciones cada vez más grandes. En una de ellas, Ernesto terminó bajando con el cabello completamente despeinado y una expresión que hizo reír a María durante varios minutos.

—No estuvo tan fuerte —aseguró.

—Claro que no —respondió ella—. Por eso venías gritando.

—Era para que Alma no se sintiera sola.

La niña se rio.

—¡Yo no grité tanto!

—Entonces la próxima vez te toca cuidar a tu papá —dijo María.

Cuando el sol comenzó a descender, los tres estaban cansados. Alma caminaba más despacio y llevaba abrazada una pequeña figura de dinosaurio que habían comprado en una de las tiendas del parque. Antes de salir volvió la mirada hacia la exhibición.

—Papá, ¿podemos regresar otro día?

—Claro que sí.

—¿Pronto?

—Primero deja que descansemos de hoy.

Alma pareció considerar razonable la respuesta. De camino a casa hicieron una parada para cenar tacos. Mientras comían, la niña repasó sus momentos favoritos de la excursión y discutió con Ernesto sobre cuál de los dinosaurios habría sido el más fuerte.

María intervino ocasionalmente, aunque terminó admitiendo que no sabía lo suficiente sobre dinosaurios como para elegir un ganador. Alma le prometió prestarle uno de sus libros. Cuando finalmente llegaron a casa, la niña apenas tenía fuerzas para mantenerse despierta.

Se despidió de sus padres con un beso y se fue a dormir, llevando consigo la figura que había comprado.

Al día siguiente, Ernesto terminó sus pendientes en la computadora poco después de que Alma regresara de la escuela. La encontró en la sala, sentada en el suelo con varios dinosaurios de juguete.

—¿Qué haces, princesa?

—Están buscando comida.

Ernesto observó la pequeña colección de figuras.

—Espero que encuentren pronto. Algunos se ven bastante hambrientos.

Alma levantó uno de los dinosaurios y lo colocó junto a una planta de plástico.

—Este come hojas.

—¿Y aquel?

—Carne.

Ernesto asintió.

—Entonces mejor los mantenemos separados.

La niña pareció considerar su comentario. Después volvió a acomodar las figuras.

—Papá, ¿vamos a salir hoy?

—Estaba pensando en ir por un helado. ¿Te gustaría acompañarme?

Alma dejó los juguetes de inmediato.

—¡Sí!

—Entonces ve por tus zapatos.

Pocos minutos después caminaban juntos hacia un parque cercano. A un costado había una heladería a la que acostumbraban ir. El local tenía varias mesas junto a las ventanas y un mostrador donde podían elegirse distintas combinaciones de sabores y acompañamientos. Alma se sentó en una de las mesas mientras Ernesto se acercaba a pedir.

No necesitó preguntarle qué quería. Su hija elegía siempre lo mismo: helado de yogur, fresas en la base, mermelada de fresa y

chispas de chocolate. Ernesto, en cambio, solía probar distintas combinaciones. Aquella tarde pidió uno con algarroba, chocolate líquido y trozos de galleta. Regresó a la mesa llevando ambos helados.

—Aquí tiene, señorita.

Alma recibió el suyo con una sonrisa.

—Gracias, papá.

Ernesto tomó asiento frente a ella y probó una cucharada. Durante unos minutos permanecieron en silencio, concentrados en sus respectivos helados; entonces Alma levantó la mirada.

—Papá, ¿de qué es el tuyo?

—Tiene algarroba, chocolate y galleta.

—¿Está rico?

—A mí me gusta.

La niña observó el helado con interés.

—¿Y a qué sabe la algarroba?

Ernesto pensó unos segundos.

—Tiene un sabor un poco parecido al chocolate, pero es diferente.

—Ah.

Alma volvió a su helado. Pasó un momento.

—Papá...

—¿Sí?

—Ayer tuve una idea.

Ernesto dejó la cuchara sobre el borde del recipiente.

—A ver, cuéntame.

—Estaba pensando en los dinosaurios.

—Eso sí que me sorprende.

La niña ignoró el comentario.

—Los que comían carne no podían ser amigos de los que comían plantas.

—¿Por qué no?

—Porque a lo mejor se los comían.

—Eso podría ser un problema.

Alma asintió con seriedad.

—Pero pensé que, si los carnívoros hubieran probado otras cosas, tal vez les habría gustado comer plantas.

Ernesto la observó.

—¿Tú crees?

—Sí. Porque a veces no sabemos si algo nos gusta hasta que lo probamos.

—Eso es cierto, aunque no estoy seguro de que un tiranosaurio hubiera podido alimentarse de lechuga.

Alma frunció ligeramente el ceño.

—Pero podría haber probado.

Ernesto estuvo a punto de explicarle por qué los animales carnívoros no podían cambiar su alimentación simplemente porque descubrieran otro sabor; sin embargo, la niña todavía no había terminado.

—Y entonces pensé que a lo mejor a mí también podrían gustarme otras cosas.

Ernesto miró su helado. Después miró el de Alma. Comenzaba a comprender hacia dónde iba aquella conversación.

—¿Otras cosas como cuáles?

Alma señaló discretamente el recipiente de su padre.

—Como la algarroba.

Ernesto contuvo una sonrisa.

—Ya veo.

—Es que nunca la he probado.

—Eso es verdad.

—Y tú siempre dices que hay que probar cosas nuevas.

—También es verdad.

Alma lo miró con una expresión de inocencia cuidadosamente ensayada.

—Entonces a lo mejor debería probar tu helado.

Ernesto apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y qué hacemos con el tuyo?

La niña observó su propio recipiente, como si hasta ese momento no hubiera considerado semejante dificultad.

—Podrías comértelo tú.

—Qué buena solución.

—Así ninguno se queda sin helado.

Ernesto soltó una carcajada. Su hija había construido una argumentación bastante elaborada para conseguir lo que quería. Lo más divertido era que parecía convencida de haber encontrado una solución beneficiosa para ambos.

—Está bien —dijo—. Hagamos el intercambio.

Alma sonrió de oreja a oreja. Ernesto deslizó su helado hacia ella y tomó el recipiente que tenía enfrente. No era

especialmente aficionado a las fresas, pero tampoco le molestaba comerlas de vez en cuando.

—Ahora tienes que probarlo —le recordó.

—¡Sí!

Alma tomó una cucharada que incluía chocolate, galleta y un poco de algarroba. La llevó a la boca y permaneció unos segundos evaluando el sabor; después abrió mucho los ojos.

—¡Está buenísimo!

Ernesto rio.

—Me alegra que te guste.

La niña volvió a probarlo.

—¡Sabe diferente!

—Te lo dije.

—Papá, la próxima vez quiero pedir uno de estos.

—Entonces tendré que buscar otra cosa para mí.

Alma lo miró por encima del recipiente.

—O podemos pedir dos iguales.

—También es una opción.

Continuaron comiendo mientras observaban a las personas que pasaban por la calle. Alma volvió a hablar de los dinosaurios y preguntó si alguna vez podrían visitar un museo donde hubiera esqueletos verdaderos. Ernesto le dijo que podían buscar alguno cuando tuviera tiempo libre. La niña pareció satisfecha con la promesa.

Cuando terminaron, Ernesto recogió los recipientes vacíos y se levantó.

—¿Lista para volver a casa?

—Sí.

—Entonces vamos. Todavía tenemos que llevarle algo a tu mamá.

Alma se detuvo.

—¿Un helado?

—Me parece buena idea.

—¿De qué sabor?

Ernesto sonrió.

—Creo que será mejor preguntarle.

Compraron un helado para María y emprendieron el camino de regreso. Alma caminaba a su lado, sujetándolo de la mano mientras le explicaba que quizá los dinosaurios habrían podido vivir juntos si hubieran aprendido a compartir la comida. Ernesto la escuchó hasta llegar a casa.

CAPÍTULO 5

Roto

Había dejado de contar. Al principio intentó medir el tiempo por los intervalos entre las visitas; después, por las veces que conseguía dormir; más tarde, por los sonidos que llegaban del otro lado de la puerta. Ninguno de esos métodos había funcionado.

La habitación permanecía sumida en una oscuridad idéntica, sin amaneceres ni noches que pudiera reconocer. A veces despertaba convencido de haber dormido durante horas y descubría que apenas había cambiado de postura. Otras veces tenía la impresión de cerrar los ojos un instante y abrirlos después de una eternidad. Había perdido la noción de los días. Tal vez no habían sido tantos. No estaba seguro de que eso importara. Las manos le dolían incluso cuando permanecía inmóvil. Los vendajes se habían endurecido en algunas zonas y tenía varios dedos tan inflamados que apenas conseguía moverlos. El brazo izquierdo era peor. Desde que aquel hombre le había arrancado parte de la piel, cualquier movimiento que tensara las heridas le provocaba un dolor que le recorría el hombro. Entre algunas visitas le habían dado agua y algo que apenas conseguía tragar. También recordaba manos cambiándole los vendajes, aunque no siempre podía distinguir una visita de otra; después, nada. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces. Seguía teniendo sed. El hombre de los pasos tranquilos había regresado varias veces. Nunca decía nada. Llegaba, preparaba sus instrumentos y hacía lo que hubiera decidido hacer; después atendía algunas heridas y se

marchaba. Al principio, el prisionero intentaba anticipar qué haría; ahora se limitaba a escuchar. El chirrido de la puerta.

El roce del plástico. Los pequeños golpes metálicos sobre la mesa. Algunos sonidos le provocaban una reacción inmediata. En ocasiones comenzaba a temblar antes de que alguien lo tocara. Había llegado a reconocer el dolor de las heridas antiguas y a distinguirlo del que anunciaba una nueva agresión. Aquella diferencia no le servía de nada.

—¿Estás ahí? —preguntó.

Esperó.

—¿Me escuchas?

No recibió respuesta.

El desconocido llevaba mucho tiempo sin hablarle. O al menos eso creía. Había despertado varias veces desde su última conversación, pero ya no confiaba en que cada despertar significara el comienzo de un periodo distinto.

—Oye...

El silencio continuó. Quizá estaba dormido. Quizá no tenía fuerzas para responder. El prisionero pensó en llamarlo de nuevo, pero la garganta todavía le dolía. Decidió guardar silencio. Al cabo de un rato comenzó a preguntarse si el otro hombre seguía vivo. La puerta se abrió cuando menos lo esperaba. Su cuerpo se tensó antes de que pudiera pensar.

—No...

Los pasos atravesaron la habitación. El prisionero escuchó que alguien depositaba varios objetos sobre una superficie dura; después llegó el familiar sonido del plástico.

—Por favor —murmuró—. Déjeme descansar.

Nadie respondió. Sintió una mano enguantada junto a la cabeza. Intentó apartarse, pero el movimiento le provocó una punzada en el brazo izquierdo.

—No... ahí no...

La mano le sujetó la oreja izquierda. El hombre comenzó a forcejear. Había aprendido a temer el contacto antes incluso de comprender qué iba a suceder. Sintió el metal frío y después un dolor agudo. Gritó. El desconocido le había cortado parte de la oreja.

El prisionero intentó retirar la cabeza, pero una presión firme se lo impidió. Sintió humedad descendiendo por el cuello y el dolor comenzó a extenderse por aquel lado del rostro.

—¡Basta! ¡Por favor!

El captor no dijo una palabra. Cuando finalmente se apartó, el hombre quedó temblando. Escuchó que alguien manipulaba distintos materiales; después sintió una nueva presión sobre la herida. No comprendía por qué seguían atendiendo las lesiones que acababan de provocarle. Al principio había intentado interpretarlo como una señal de que querían mantenerlo vivo.

Ahora esa posibilidad lo aterraba. La puerta volvió a cerrarse. El hombre permaneció inmóvil. No sabía cuánto le habían cortado. Tenía miedo de descubrir cómo había quedado. Miedo de descubrir cómo había quedado todo su cuerpo.

—¿Sigues... despierto?

El hombre levantó la cabeza. Por un instante creyó haber imaginado la voz.

—¿Eres tú?

—S... sí...

Sintió un alivio tan intenso que estuvo a punto de llorar.

—Te estuve llamando.

No hubo respuesta.

—Pensé que te había pasado algo.

El desconocido dejó escapar un gemido.

—No... podía...

La voz se interrumpió.

—Está bien —respondió el prisionero—. No tienes que explicarme.

Guardaron silencio. El hombre se sorprendió de cuánto había deseado volver a escuchar aquella voz. No conocía su nombre. No sabía cómo era su rostro y apenas tenía información sobre su vida; pero era la única persona con la que podía hablar.

—Estuve pensando en mi esposa —dijo finalmente.

El desconocido no respondió.

—Debe estar desesperada. Seguro ha llamado a todos nuestros conocidos. A la policía también.

Pronunció aquellas palabras y esperó sentir el alivio que antes le proporcionaban. No llegó.

—Yo... también... estoy casado —murmuró el otro.

El prisionero levantó ligeramente la cabeza. Era la primera vez que el desconocido mencionaba algo concreto de su vida.

—¿En serio?

—S... sí.

—¿Tienes hijos?

Una pausa.

—Una... niña.

El hombre tragó saliva.

—Yo también.

Durante unos instantes olvidó el dolor que le recorría el brazo.

—¿Cuántos años tiene la tuya?

El desconocido tardó en responder.

—No... quiero... pensar...

—Está bien.

El hombre inclinó la cabeza.

—La mía todavía es pequeña. Siempre me espera cuando llego a casa. A veces corre para abrazarme antes de que pueda cerrar la puerta.

Recordó sus brazos alrededor de su cintura y la costumbre de hacerle preguntas justo cuando estaba demasiado cansado para responder. Hubo un tiempo en que aquellas interrupciones le parecían agotadoras; ahora habría dado cualquier cosa por escuchar una.

—La extraño —murmuró.

Del otro lado llegó un sollozo.

—Yo... también...

El prisionero se quedó callado. Era extraño sentir que conocía un poco más al desconocido y, al mismo tiempo, lamentar haber descubierto que tenía una familia esperándolo.

—Tenemos que volver con ellas —dijo.

Las palabras le sonaron menos convincentes de lo que esperaba. Esperó una respuesta. No llegó.

—¿Me escuchaste?

Silencio.

—Oye...

Permaneció atento unos instantes. Después dejó caer la cabeza. No sabía si el otro se había dormido, si el esfuerzo de hablar lo había agotado o si simplemente no quería continuar. Hubiera preferido que se despidiera.

Despertó convencido de que estaba en su casa. Había escuchado a su hija llamándolo desde algún lugar cercano.

—¡Aquí estoy! —respondió antes de comprender dónde se encontraba.

El silencio lo devolvió a la realidad. La silla. Las ataduras. El dolor. Se quedó inmóvil. Durante unos segundos intentó recuperar el sueño, volver a escuchar aquella voz, imaginar que podía levantarse y caminar hasta la habitación de su hija.

No lo consiguió.

—¿Qué... pasó? —preguntó una voz.

El hombre levantó la cabeza.

—Nada.

Tragó saliva.

—Estaba soñando.

No recibió respuesta.

—Con mi hija —añadió, aunque nadie se lo había preguntado.

Esperó. No volvió a escuchar al desconocido. Aquella vez no insistió. Le resultaba insoportable despertar y descubrir que la habitación seguía allí. No escuchó la puerta abrirse. Solo despertó cuando alguien le sujetó la mandíbula. El sobresalto lo hizo forcejear inmediatamente.

—¡Espere!

Sintió que le inmovilizaban la cabeza.

—¡No, por favor!

El contacto de un instrumento contra los dientes le produjo una certeza espantosa. Recordó las palabras del otro prisionero. La boca. Los dientes. Intentó cerrar los labios, pero la presión lo obligó a mantener la boca abierta.

—¡No!

El captor comenzó a arrancarle los dientes. El dolor le hizo gritar. Después llegó una nueva agresión y el hombre intentó retirar la cabeza con tanta fuerza que terminó lastimándose el cuello. Las lágrimas descendían por debajo de la venda.

—¡Pa... ra!

La palabra se perdió entre un sollozo y otro grito. No supo cuántos dientes le habían quitado. Cuando el desconocido finalmente se apartó, tenía la boca llena de sangre y la mandíbula le dolía de una manera que no había experimentado antes. Intentó pasar saliva. Le costó hacerlo.

El captor permaneció cerca durante un rato, manipulando objetos que el prisionero no consiguió identificar; después escuchó pasos y el chirrido de la puerta. Esta vez no hubo ninguna explicación. Tampoco una palabra de despedida. El hombre intentó respirar despacio. Quiso pedir agua.

—A... a...

Se detuvo. Volvió a intentarlo.

—A... gua...

La palabra le salió deformada. Tenía la boca hinchada y los labios le dolían. No conseguía colocar la lengua con normalidad y algunos sonidos parecían escapársele entre los dientes que ya no estaban. Se quedó callado; entonces recordó las primeras

conversaciones con el desconocido. Su manera de hablar. Las palabras incompletas. Las pausas.

Por primera vez comprendió algo que hasta entonces solo había imaginado. Y aquel reconocimiento le produjo más miedo que alivio. No sabía cuánto tiempo llevaba intentando hablar con el otro hombre.

—¿O... yes?

Esperó.

—¿Es... tás...?

Silencio.

Volvió a intentarlo, pero la boca le dolía demasiado. Terminó por apoyar la cabeza contra el respaldo. Era absurdo. Había pasado tanto tiempo escuchando la voz del desconocido que ahora, cuando empezaba a comprender lo que significaba hablar con semejantes heridas, no conseguía comunicarse con él; quizá tampoco podía comprenderlo.

Tal vez el otro había intentado decirle cosas que nunca consiguió pronunciar. El prisionero cerró los ojos. Por primera vez deseó que el hombre respondiera aunque fuera para decirle que dejara de llamarlo.

El siguiente grito llegó cuando estaba medio dormido. Lo reconoció inmediatamente. Se incorporó cuanto pudo y olvidó por un instante el dolor del brazo.

—¡O... oye!

Otro grito respondió desde algún lugar que no consiguió precisar; después llegó una súplica. El hombre reconoció varias palabras entre los sollozos, aunque la voz estaba tan deformada que le costaba comprenderlas.

—¡Dé... ja... lo!

Intentó gritar más fuerte. La boca le dolió y terminó emitiendo un sonido que apenas reconoció como suyo. Los gritos continuaron. Por momentos escuchaba una respiración entrecortada, una negativa repetida y algo parecido al llanto de alguien que ya no tenía fuerzas para levantar la voz. El prisionero intentó distinguir pasos. No consiguió hacerlo.

Todo parecía confundirse en la oscuridad. Quiso levantarse. Soltarse. Hacer cualquier cosa. Las sujeciones se lo impidieron.

—Po... fav...

No sabía si suplicaba por el otro hombre o por sí mismo; después de un tiempo que no pudo calcular, los gritos cesaron. El prisionero permaneció atento. Esperó una palabra. Un gemido. El sonido de una respiración.

Nada.

—¿O... yes?

Silencio.

Continuó esperando hasta que el cansancio comenzó a pesarle sobre los párpados. No quería dormirse. Temía despertar y descubrir que la voz no regresaría jamás; pero terminó quedándose dormido.

En algún momento le permitieron beber agua. No recordaba haber escuchado la puerta. Solo tenía el recuerdo fragmentario de un recipiente acercándose a sus labios y de una voz que creyó escuchar antes de volver a perder el conocimiento; quizá lo había soñado. Sin embargo, la garganta ya no le ardía tanto. Se preguntó cuánto tiempo había transcurrido.

Intentó recordar la última vez que había estado completamente despierto. La agresión en la boca. Los gritos del otro hombre. El agua. No estaba seguro de que hubieran ocurrido en ese orden.

Le sorprendió descubrir que empezaba a olvidar la secuencia de los acontecimientos. No las heridas. Tampoco el miedo. Solo el orden.

Como si todos aquellos momentos se estuvieran convirtiendo en un único recuerdo interminable.

—¿Es... tás... ahí?

No obtuvo respuesta. Había dejado de llamar al desconocido con tanta frecuencia. Hablar le dolía. Y el silencio que recibía comenzaba a resultarle peor que la incertidumbre. Intentó

concentrarse en su respiración. Pensó en su esposa, en su hija, en las cosas que había prometido hacer cuando regresara a casa.

En algún momento había imaginado que, si conseguía salir, dejaría de quejarse por asuntos insignificantes. Trabajaría menos. Pasaría más tiempo con ellas. Aprendería a disfrutar de las tardes ordinarias. Había hecho tantas promesas que comenzó a olvidarlas. Se preguntó a quién estaban dirigidas. Al principio había intentado rezar.

Después comenzó a hacerlo únicamente cuando escuchaba pasos; ahora ni siquiera sabía qué pedir. La siguiente visita llegó después de un silencio que le pareció particularmente largo. El hombre reconoció los pasos. Comenzó a temblar.

—No... por... fav...

El captor preparó sus instrumentos. El prisionero escuchó el sonido metálico cerca de su cabeza. Sintió que le sujetaban la cara. El miedo lo invadió antes de que llegara el dolor. Recordó la advertencia. Cuando llegues a la nariz. Trató de apartarse.

No pudo.

Sintió un calor intenso cerca del rostro.

—¡No!

La quemadura le arrancó un grito. Durante varios segundos perdió toda noción de lo que ocurría a su alrededor. Solo existían el dolor, la dificultad para respirar y el intento desesperado de alejar la cara de aquella fuente de calor. Cuando el contacto terminó, permaneció inclinado hacia delante cuanto las sujeciones le permitieron. Le ardía la nariz.

Respirar por ella se había vuelto doloroso. El olor de la piel quemada le provocó una arcada. Quiso llorar, pero cada movimiento del rostro aumentaba el dolor. El captor se alejó. Escuchó varios objetos moverse sobre la mesa; después, unos pasos. La puerta volvió a cerrarse. El prisionero permaneció inmóvil. No intentó llamar al otro hombre.

Ni siquiera sabía si deseaba escucharlo. Cuando despertó, tenía la cabeza inclinada hacia un lado. Había perdido la sensación de que su cuerpo le pertenecía. Las manos parecían ajenas. El brazo izquierdo ardía. Le dolía la oreja, la boca y la nariz. Cada parte de su cuerpo le recordaba algo distinto. El problema era que ya no podía separar aquellos recuerdos.

A veces creía que estaba a punto de sufrir una agresión que en realidad había ocurrido mucho antes. Otras veces despertaba esperando escuchar un grito que nunca llegaba. El dolor parecía haberse instalado allí de manera permanente. Ya no necesitaba que alguien entrara para sentir miedo. Le bastaba recordar que podía hacerlo.

—¿S... sigues...?

La voz llegó tan débil que tardó en reconocerla. El prisionero levantó la cabeza.

—¿O... oye?

—S... sí...

Sintió alivio. Pero no fue el alivio que había experimentado antes. Era algo más pequeño, más cansado. Como descubrir que una cosa que creía perdida todavía permanecía allí.

—Creí... que... —comenzó.

No terminó. La mandíbula le dolía demasiado. El desconocido guardó silencio.

—Yo... creo... que ya... no puedo —murmuró finalmente.

El prisionero cerró los ojos. Quiso decirle que no hablara así. Que tenían que resistir. Que alguien acabaría encontrándolos. Las palabras acudieron a su mente, pero no consiguió pronunciarlas. No estaba seguro de creerlas.

—Yo... tampoco —respondió.

Le costó reconocer su propia voz. El desconocido comenzó a llorar. Permanecieron en silencio. Después de un rato, el prisionero intentó hablar nuevamente.

—Al... prin... cipio...

Respiró con dificultad.

—Pen... saba... que... podía... con... vencerlo...

El esfuerzo le produjo una punzada en la mandíbula. Esperó antes de continuar.

—Que... quería... di... nero...

El otro hombre no respondió.

—Des... pués... pensé... que... bas... taba... con... aguan... tar...

Se detuvo. Hablar le resultaba agotador. Recordó las primeras veces que había gritado exigiendo explicaciones. Le parecieron recuerdos de otra persona.

—Pe... ro... siem... pre... vuel... ve...

El desconocido dejó escapar un sollozo.

—S... siempre...

El prisionero inclinó la cabeza. Durante un rato solo escucharon sus respiraciones.

—Ya... no... quiero... —murmuró finalmente.

No consiguió terminar. El otro hombre tampoco dijo nada. El prisionero permaneció despierto durante mucho tiempo. Había esperado aquella respuesta durante un periodo que no podía medir; ahora que la había recibido, descubría que no tenía nada más que decir.

El chirrido de la puerta lo despertó. No supo si había dormido durante unos minutos o varias horas. Los pasos llegaron con la misma tranquilidad de siempre. Su cuerpo reaccionó de inmediato. Los músculos se tensaron. La respiración comenzó a acelerársele. Sintió que el corazón le golpeaba el pecho.

—No...

La palabra apenas consiguió salir. Escuchó el roce del plástico, después, el sonido de los instrumentos. El captor se acercó. Una mano se apoyó brevemente sobre su hombro. El hombre empezó a llorar. No porque ya le hubieran hecho daño. Sino porque sabía que iban a hacerlo.

—Po... fav...

La mano se apartó. Escuchó nuevos movimientos. Intentó enderezarse, pero las heridas se lo impidieron. El primer dolor llegó al torso. El prisionero gritó. Su voz salió deformada por las lesiones de la boca. Una nueva agresión lo hizo retorcerse contra las sujeciones. Intentó apartarse.

No pudo.

Había soportado aquella silla durante tanto tiempo que ya conocía los límites exactos de sus movimientos. Sabía cuánto podía inclinar la cabeza. Cuánto podía tensar los hombros. Cuánto podía mover las piernas antes de sentir que las sujeciones se hundían en su piel. Nada de aquello le servía para escapar. El captor continuó.

El dolor se extendió por el pecho y el costado. El prisionero comenzó a sollozar.

—Bas... ta...

No hubo respuesta.

—Po... favor...

El hombre se apartó. Durante unos segundos solo escuchó su propia respiración. Esperó que los pasos se dirigieran hacia la puerta. No ocurrió. En cambio, escuchó nuevamente el movimiento de los instrumentos. Y fue entonces cuando comprendió que podía continuar. No aquella visita. No aquella agresión. Todo. El hombre podía marcharse y regresar después. Una vez más.

Y otra. No existía ninguna promesa de que fuera a detenerse. No importaba cuánto gritara. No importaba cuánto ofreciera. No importaba que ya no pudiera hablar correctamente. La puerta volvería a abrirse. Siempre. Sintió una mano acercarse a su cuerpo. Quiso apartarse. No tuvo fuerzas.

Entonces pronunció algo que hasta aquel momento había conseguido mantener alejado de sus pensamientos.

—¡Má... tame!

La palabra quedó suspendida en el aire. El hombre abrió los ojos bajo la venda. Durante un instante pareció sorprendido por su propia voz. Había pasado tanto tiempo intentando sobrevivir

que le resultó incomprensible haber pronunciado aquello. El captor permaneció en silencio.

—¡Má... tame... ya!

Intentó gritar, pero la voz se le quebró. Las lágrimas le corrían por el rostro.

—Po... fav...

No recibió respuesta.

—Ya... no...

La súplica terminó en un sollozo. El hombre bajó la cabeza. No podía seguir. Había dejado de buscar explicaciones. De esperar que alguien apareciera. De prometerse que resistiría un poco más. Solo deseaba que terminara. El captor se alejó unos pasos. El prisionero escuchó el movimiento de varios objetos sobre la mesa. No levantó la cabeza.

No quiso preguntar qué haría después. Una parte de él seguía esperando otra agresión; pero ya no tenía fuerzas para suplicar. Los pasos regresaron. Una mano se apoyó brevemente sobre su cabeza. El hombre no se apartó. Sintió un contacto frío, después, un dolor repentino que lo hizo estremecerse. Su respiración se volvió irregular.

Intentó llenar los pulmones de aire, pero no consiguió hacerlo como antes. No comprendía exactamente qué le habían hecho. Solo sabía que algo había cambiado. Los sonidos de la habitación comenzaron a parecerle distantes. Aún sentía dolor, pero ya no podía distinguirlo con claridad del resto de las sensaciones que recorrían su cuerpo. Pensó en su hija.

No fue un recuerdo completo. Apenas una imagen: ella junto a la puerta de su casa, sonriendo, con los brazos abiertos. Quiso acercarse.

No pudo.

Trató de decir su nombre, pero sus labios apenas se movieron; la oscuridad continuó siendo la misma. Después dejó de escuchar. El hombre permaneció frente a la silla durante unos instantes. El cuerpo ya no se movía. Había tardado más de lo previsto, pero estaba satisfecho con el resultado.

Se alejó y se sentó frente a la computadora. En la pantalla continuaban apareciendo mensajes de los espectadores. Algunos se despedían; otros preguntaban cuándo habría otra transmisión. Revisó las últimas aportaciones. Sonrió. Había sido una buena sesión.

Cerró la transmisión y se recostó en el respaldo de su silla. Permaneció así durante un rato, disfrutando del silencio. Recordó al hombre que, durante los primeros días, había insistido en que alguien lo encontraría. Había suplicado, negociado y amenazado; más tarde, cuando ya no sabía qué hacer, comenzó a buscar consuelo en una voz que llegaba desde la oscuridad.

El hombre recordó una de aquellas conversaciones.

—Yo... yo también... pensaba eso...

Repitió las palabras en voz baja, con la misma pronunciación torpe y entrecortada que había utilizado entonces; después dejó escapar una breve carcajada. Se levantó y se quitó la máscara. La sostuvo unos segundos entre las manos antes de colgarla en el lugar que tenía reservado sobre la pared.

Era un rostro de un blanco marfil casi perfecto. Los labios, delgados y pintados de rojo oscuro, parecían esbozar una sonrisa. Alrededor de los ojos tenía discretas marcas azules y carmesí. Sus proporciones eran casi humanas.

Casi.

Había algo incómodo en aquella expresión, algo que resultaba difícil de identificar. Vista de frente parecía tranquila; desde ciertos ángulos, la sonrisa adquiría un aspecto diferente. El hombre contempló la máscara. Luego miró hacia la silla. Aún quedaban cosas por hacer. Apagó la luz del escritorio. Por un momento, lo único que deseó fue descansar.

En la oscuridad, el rostro blanco permaneció colgado en la pared, conservando aquella sonrisa que nunca terminaba de formarse.

CAPÍTULO 6

Familia

Cuando Ernesto llegó a casa, María acababa de regresar de llevar a Alma a la escuela.

—¡Mira nada más quién apareció! —exclamó al verlo entrar.

—Buenos días, amor.

—Buenos días. ¿Hoy tampoco vas a descansar?

Ernesto dejó sus cosas sobre una silla.

—Precisamente de eso quería hablarte.

María lo observó con curiosidad.

—¿Qué pasó?

—Terminé el proyecto.

Ella abrió los ojos.

—¿Por fin?

—Por fin.

María se acercó y lo abrazó.

—¡Qué bueno! Ya estaba empezando a pensar que tendría que pedir una cita para verte.

—Espero que por lo menos me dieras algún descuento.

—Contigo cobraría el doble.

Ernesto soltó una carcajada.

—Qué considerada.

María lo besó y permaneció unos instantes entre sus brazos.

—¿Y cómo te fue? —preguntó.

—Bastante bien.

—¿Qué tan bien?

Ernesto sonrió.

—Digamos que podremos darnos algunos gustos.

María se apartó ligeramente.

—¿Eso significa que podemos ir de compras?

—Sabía que preguntarías eso.

—¡Pues claro! Llevas días desapareciendo y ahora me dices que te fue muy bien. ¿Qué esperabas?

—Que me felicitaras por ser un hombre trabajador.

—Ya te felicité. Ahora estoy pensando en cómo celebrar.

Ernesto negó con la cabeza, divertido.

—Está bien. Podemos salir este fin de semana.

—¿Los tres?

—Por supuesto.

—Alma va a ponerse feliz.

María volvió a besarlo.

—Te extrañamos.

—Lo sé.

—Y no quiero que empieces otro proyecto mañana.

—No tengo pensado hacerlo.

—Eso espero.

Ernesto se acercó para abrazarla nuevamente.

—Por ahora soy todo tuyo.

María sonrió.

—Me gusta cómo suena eso.

Pasaron parte de la mañana juntos. Desayunaron y hablaron sobre las cosas que habían quedado pendientes durante los últimos días. María quería aprovechar el fin de semana para salir con Alma; Ernesto propuso buscar algún lugar donde pudieran pasar la tarde y comer fuera de casa. También hablaron del jardín.

María le recordó que llevaba varias semanas prometiendo podar unos arbustos.

—No me he olvidado —aseguró Ernesto.

—Claro que no. Solo estás esperando a que crezcan tanto que podamos perdernos entre ellos.

—Así tendríamos una aventura sin salir de casa.

—Prefiero las aventuras que no implican llamar a un jardinero.

Ernesto rio. Después de desayunar, ayudó a recoger la cocina. María lo observó mientras acomodaba los platos.

—¿No estás cansado?

—Un poco.

—Entonces deberías acostarte un rato.

—No es mala idea.

Ella se acercó, le quitó con suavidad el trapo que sostenía y lo dejó sobre la mesa.

—Ve a darte un baño.

Ernesto arqueó una ceja.

—¿Me estás diciendo que huelo mal?

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando.

María sonrió.

—Solo digo que podrías relajarte un poco.

Él la rodeó por la cintura.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Tal vez acompañarte a descansar.

Ernesto le devolvió la sonrisa.

—Entonces será mejor que no tarde.

Un rato después, Ernesto salió del baño. María lo esperaba en la habitación. Había dejado el teléfono sobre la mesa de noche y se había soltado el cabello, que caía sobre sus hombros.

—Pensé que te habías quedado dormido en la ducha —dijo.

—Estaba disfrutando de mis vacaciones.

—Pues ven a disfrutarlas aquí.

Ernesto se acercó y la besó. María le rodeó el cuello con los brazos. Durante un tiempo no hablaron de proyectos, compras ni de las cosas que todavía tenían pendientes. Cuando terminaron de hacer el amor, permanecieron acostados, disfrutando del silencio de la casa. Ernesto se acomodó detrás de María y la abrazó por la cintura.

Ella tomó una de sus manos y entrelazó sus dedos.

—Ya te extrañaba así —murmuró.

Él le dio un beso en el hombro. María se acomodó un poco más cerca. Ernesto hundió el rostro entre sus cabellos. Siempre le había gustado su olor. María se esforzaba en cuidarlo y utilizaba productos que le dejaban un aroma dulce, ligeramente afrutado. Era una fragancia que Ernesto conocía bien. Aspiró profundamente. Cerró los ojos.

Aquel olor le recordó el interior de su máscara. La había colgado unas horas antes, después de terminar su último proyecto. Recordó el rostro blanco, los labios rojos y aquella sonrisa inmóvil.

También recordó los gritos. La voz del hombre que había pasado casi dos semanas suplicándole que lo dejara marchar.

Y la satisfacción que había sentido cuando finalmente consiguió escuchar las palabras que tanto había esperado.

¡Mátame!

Ernesto sonrió apenas. María se movió entre sus brazos.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Ernesto abrió los ojos. Apartó el rostro de su cabello y le besó la mejilla.

—En que deberíamos aprovechar estos días.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Para qué?

—Para hacer algo juntos. Tú, Alma y yo.

María sonrió.

—¿Un viaje?

—Podría ser.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

Ella lo besó.

—Me encantaría.

Ernesto le acarició el rostro.

—Entonces elige a dónde quieres ir.

—¿A donde yo quiera?

—Mientras no tengamos que vender la casa.

María soltó una carcajada y volvió a acomodarse junto a él.

—Te amo —murmuró.

Ernesto la abrazó.

—Yo también te amo.

Permanecieron así durante un rato. Después María comenzó a hablar de algunos lugares que le gustaría visitar. Ernesto la escuchó y comentó las distintas posibilidades hasta que ambos coincidieron en que sería mejor decidirlo cuando Alma regresara de la escuela. Todavía tenían tiempo. Por el momento, él no necesitaba trabajar.

Podía quedarse en casa, cocinar para su familia y disfrutar de los próximos días. Como si fuera alguien ordinario.

Nota sobre el proceso creativo

Autor y dirección creativa: M. Fregoso

Edición y publicación: 3DX

Esta obra fue desarrollada bajo la dirección creativa de M. Fregoso, con asistencia de inteligencia artificial en la redacción, revisión y edición del texto.

La concepción narrativa, las decisiones creativas, la orientación temática y la aprobación de la versión final estuvieron bajo responsabilidad del autor.

En 3DX entendemos la inteligencia artificial como una herramienta de colaboración que amplía las posibilidades creativas, sin sustituir la visión ni el criterio humano que dirigen cada proyecto.